

1859.

81

## Influencia de la religion cristiana en la Literatura.

Leido en Sesion del dia 1.º de Febrero de 1859

Señores.

Al terminarse la ultima conferencia que celebró esta Seccion, se propuso ventilar hoy una materia de tanta gravedad e importancia, que me ha impulsado casi involuntariamente a apuntar en este escrito algunas breves reflexiones, bien asi como el que arroja de coxida algunas semillas en el suelo, seguro de que vendrá detrás quien las cultive, para coger mies abundante.

¿Que influjo ha tenido en la literatura la religion cristiana?

Dificil es someter a examen una cuestion de mayor elevacion y grandera, por que si la literatura no viene a ser, segun se ha repetido en distintos modos, mas que un espejo en que se refleja la sociedad, ¿cuanto no há de haber sido el influjo de una religion que cambió la faz de la sociedad misma, o por mejor decir, que penetró hasta sus mas intimos fundamentos? ... Otras creencias ha habido en el mundo que solo han mudado los objetos de adoracion, substituyendo unos ídolos a otros, o tal vez colocando a los recién-llegados sobre el mismo altar

82  
de los caídos; pero la religión cristiana no solo mudó el objeto del culto; sino que predicó nuevas doctrinas, inspiró nuevos sentimientos, influyó en las instituciones de los pueblos, cambió el aspecto del hogar doméstico; y no contenta con mudar cuanto puede decirse que está sujeta al imperio de los sentidos, extendió su benéfico influjo allí donde no alcanza el poder de los legisladores: al fondo mismo del corazón humano.

Es digno de notar como al tiempo de aparecer en el mundo la religión cristiana estaban ya desacreditadas las sectas filosóficas, al paso que no estaban muy seguros sobre su pedestal los Dioses del paganismo. Sujeta Roma al duro imperio de los Césares profesaban unos filósofos las doctrinas de Epicuro, en tanto que otros se amurallaban contra los tiros de la adversidad, acogiéndose al Estocismo; como quien busca un refugio y amparo. Mas ni una ni otra escuela filosófica eran bastantes a ofrecer el remedio que se había menester; y el exceso mismo del mal hubo de contribuir sin duda á que se volviere el ánimo y el corazón hacia el único punto donde se vislumbraba un rayo de esperanza.

Una religión proscrita tubo que reclamar la tolerancia; perseguida, invocó la justicia; víctima de la tiranía, abogó en favor de la libertad: la sangre de los mártires, puso un sello augusto á sus doctrinas; y una sociedad descrepita y correspondida empezó insensiblemente á renovarse, emperando desde las

catacumbas, en que se reunian debajo de tierra los primeros fieles, hasta que la nueva religion se intento ya dominadora y triunfante sobre el trono mismo de los cesares.

Los principios de la religion cristiana se avenian mejor con las doctrinas de la escuela de Platon, que con las de ninguna otra de cuantas habian precedido no menos en Grecia que en el Lazio; como que aquella escuela se fundava en la espiritualidad y en la immortalidad del alma, y se acercaba tanto a reconocer la unidad de Dios, que apenas se concibe como pudo ser compatible con el politeismo. Verificose, pues, que la religion cristiana hubo de influir muy luego y poderosamente, en el dominio de la filosofia.

Tambien debio de advertirse, mas o menos pronto su influjo con la literatura: la corrupcion del gusto habia acompañado, como suele, a la corrupcion de las costumbres; y de la propia manera que a los filosofos habian sucedido los sofistas, habian reemplazado los retóricos a los oradores. Ni rastro quedaba ya de la antigua elocuencia: mudas yacian y desribadas por el suelo las tribunas de Atenas y de Roma que habian dado nacimiento y alas a la elocuencia popular: la del foro no podia respirar siquiera, bajo el peso de una tirania tan asustadira y cruel como nos la ha retratado el pincel de Tacito y rayara

en delirio imaginar que en el imperio de los Fiverios y Nerones hubiese podido resonar el acento de ciceron o de Demostenes.

Mas la predicacion del Evangelio abrió un nuevo campo á la elocuencia, digno de que obtencian su fuerza y poderio el objeto era el mas sublime; los obstáculos grandes el exito glorioso. Se predicaban las recompensas de la otra vida á pueblos oprimidos y desgraciados, se predicaba á la muger sujeta hasta entonces á una especie de servidumbre domestica, elevada á la dignidad de compañera del Hombre, se predicaba al esclavo que era igual á su propio Señor; y esta doctrina tan grata y popular no se predicaba meramente con la palabra, sino con el exemplo, con el ejercicio de la virtud y á veces con la muerte misma en medio de martirios y de tormentos.

La elocuencia de los nuevos apóstoles tenia por lo tanto ademas de su divina eficacia la cualidad primera de la verdadera elocuencia; que es nacer del corazón. No andaba á la rebusca de frases comparadas ó de figuras de retórica, sino que sus pensamientos eran robustos, sus sentimientos nobles la expresion vigorosa y ardiente. A los sofistas de la antigua escuela, así como á los pedantes de algunos de nuestros colegios podia bastar el engaste artificioso de ideas y de palabras; pero no á los que se sentían llamados á desarraigat profundos errores y á mudar la creencia de los pueblos, ó renovar la sociedad.

La elocuencia sagrada, hija primogénita

85  
del cristianismo, puede decirse que fué el primer fruto  
que produjo en el campo de la literatura y las obras  
de los célebres Padres de la Iglesia así de Oriente  
como de occidente, llenaron ellas solas una inmensa  
laguna en aquellos siglos de tinieblas y de ignorancia.

Tambien soy de dictamen de que la religion cristiana  
produjo otro bien de gran cuenta en favor de  
las letras Humanas, conservando el deposito de la len-  
gua latina, si bien adulterado por la calamidad de  
los tiempos. No era en verdad, la lengua de  
Marco Julio o de Virgilio y es probable que estos no  
hubieran comprendido siquiera el latin bárbaro que  
se habló en Europa despues de la invasion de  
los Pueblos del Norte; pero al cabo era ya no  
pequeña ventaja conservar los vestigios de una lengua  
sabia, comun á vencedores y á vencidos, entendidas  
por distintas naciones y conservada bajo el am-  
paro de la religion, unico vinculo, si así puede de-  
cirse, que unia en aquellos tiempos á la decadenada  
sociedad.

Bajo el mismo escudo y proteccion se conser-  
varon los restos de la antigua literatura, libros, mo-  
numentos que ofrecian al propio tiempo un recu-  
erdo una esperanza. En aquellos siglos de barbarie,  
solo las iglesias y los monasterios pudieron ofre-  
cer un asilo contra el estuendo de las mas; y  
alli se refugiaron las letras á la sombra tute

tar de la Cruz.

Al recordar el cuadro que han bosquejado los historiadores y cronistas mas inmediatos á aquellos rudos tiempos, asombrase la imaginacion y el corazon se estrecha al considerar que "hubiera sido de la civilizacion del mundo si no hubiera existido en el seno mismo de las sociedades, un principio de vida tan fecundo como el que desarrolló el cristianismo.

Hasta una empresa poco conforme con sus sanas doctrinas pero dictada por el fervor religioso y muy propio del espíritu de aquellos siglos, contribuyó poderosamente á dar un fuerte impulso á la civilizacion europea minando los cimientos de la tirania feudal, robusteciendo el poder de los gobiernos, y reuniendo para un fin comun á distintas y encontradas naciones. Unicamente el sentimiento religioso pudo levantar á la Europa entera, como si fuese un solo hombre, y arrojandola contra el oriente, y así bien el éxito de tan magna empresa estuvo muy lejos de corresponder á las esperanzas no por eso dejó de contribuir grandemente al desarrollo de la sociedad, al paso que apresuró el renacimiento de las letras.

A pesar de la enemiga que abrigaban contra los infieles los cristianos que habian ido á las guerras de las cruzadas se describe en sus toscas relaciones la metla que habia hecho en su animo el

espectáculo de una civilización mas adelantada y en el espacio que medió entre la primera y la última de aquellas expediciones, que comprende poco mas o menos dos siglos, se notan ya tales progresos que sorprenden y maravillan.

El oriente vuelve otra vez á contorniar á la civilización de Europa, y la Italia que sirvió al mismo tiempo de canal entre unos y otros pueblos, atesorando sus riquezas y recogiendo el fruto de sus conocimientos, presenta en breve el cuadro de la civilización fundada en el comercio en la libertad, en el cultivo de las ciencias y de las letras.

El mismo siglo que vió consumirse vanamente en Palestina los últimos esfuerzos de los cruzados, vió nacer como otras tantas lumbreras las famosas universidades de Italia; y el uso del papel, el feliz hallazgo del código de los Romanos y otros sucesos de mayor o menor importancia pero todos ellos favorables á la ilustración y cultura de las naciones, se fueron después sucediendo; hasta que al cabo la invención de la imprenta dió cima y coronación á la obra asegurando el caudal de los conocimientos humanos contra el trastorno de los tiempos.

No deja de ser digno de notar, como conducente á nuestro proposito que cabalmente

La vuelta de los canados, dió origen á la resurreccion del arte dramático; siendo cosa sabida que las relaciones y cantares que entretenian á la gente sencilla movida juntamente de curiosidad y devocion, despertó en los animos la aficion á aquella clase de composiciones.

Fueron estas, á los principios, muy sencillas y harta groseras como era natural, pero tambien mereca llamar la atencion que en la Europa moderna, lo mismo que en la antigua Grecia, naciéron los espectáculos dramáticos en medio de las fiestas religiosas: Las Iglesias de Italia y de Francia no menos que las de España y de Inglaterra sirvieron de teatro á la representacion de los misterios y de otras composiciones devotas y la misma religion que habia contribuido con la severidad de sus doctrinas y con la mansedumbre de sus máximas, á desterrar los espectáculos de una sociedad corrompida ó manchada en la escena con una torpe dissolution ó salpicados con sangre en los circos y amphiteatros, contribuyó á la vuelta de algunos siglos, al vencimiento del arte dramático; empezando á abrir la nueva senda con los sencillos pasos del nacimiento y de la Pasion y llegando luego hasta el ultimo punto á que tal vez puede llegar el ingenio humano, en Polieno y Athalia.

Si lo angustioso del tiempo y el peso de ocupaciones mas graves, no me hubiesen

89  
impedido explayar algún tanto mis pensamientos, que  
tá me habria determinado á apuntar siquiera el  
influjo de la religion cristiana en algunos de los  
principales ramos de la literatura. Asi, por ejemplo,  
y sin salir del terreno mismo de la dramatica  
seria curioso hacer un paralelo entre la tragedia  
antigua y la moderna; cotejadas bajo el aspecto  
del diverso impulso que movia las acciones hu-  
manas, segun la creencia religiosa de unas y otras  
naciones. En el teatro griego asi como en las  
escasas muestras que nos han quedado de la Mu-  
sa trágica latina el eje principal sobre que gi-  
ran tanto aquellos dramas es el principio del  
fatalismo: los Dioses o no se cuidan de la  
suerte de los hombres, o tal vez intervienen  
como actores en sus vicisitudes y miserias; pe-  
ro hay una fuerza superior, que pesa so-  
bre unos y sobre otros, y esa fuerza invencible  
incontrastable, si bien deja cierto ámbito á  
las acciones humanas, las obliga luego á  
entrar en un canal estrecho disminuyendo  
la variedad y el agrado de las composiciones  
tragicas de los antiguos. En especial las de  
los Griegos se ven como encajadas entre  
dos principios; uno religioso, y otro politico: el  
dogma del fatalismo y el odio al regimen mo-  
narquico.

Por el contrario, la tragedia moderna

campea con mas soltura y desembarazo: el principio del libre albedrio, conciliable con la providencia de Dios y hermanado con su eterna justicia consiente profundizar mas chondo en los Senos del coraron Humano sorprender hasta el menor impulso de las pasiones y retratar luego a la vista de los espectadores una lucha mas interesante que la del devil mortal con el inejorable Destino: la lucha del hombre dentro del hombre mismo.

Una observacion mas o menos semejante a la que acabamos de indicar por lo concerniente a la tragedia pudiera hacerse igualmente respecto de otros ramos, y tal vez este examen nos condujera a descubrir el sello que distingue a la literatura antigua de la moderna consideradas ambas por el aspecto religioso.

El Politeismo de los Griegos era muy favorable a los vuelos de la imaginacion, que se espaciaba con deleite en el inmenso campo de la naturaleza; los cielos, la tierra, el mar, hasta el aire mismo todo estaba poblado de seres: los Faunos y Silvanos moraban en los campos; las Ninfas moraban las aguas de los arroyos, y de los rios, una amante desgraciada respondia a las voz del hombre desde el centro mismo de las grutas. Todo era animacion y vida en el universo; todo convidaba al genio de los griegos a buscar

las fuentes de la bellera en los objetos externos que estaban al alcance de sus sentidos ó que creaba á su antojo su fecunda imaginacion. Su mundo poetico era material por decirlo así; se veía, se palpaba.

No así el de los Cristianos: el solo dogma de la unidad de Dios destaconó mil divindades despoblando el Olimpo. Los principios de nuestra religion, rigurosos y severos han alejado al hombre de la tierra; le han reconcentrado mas y mas dentro de si mismo, le han hecho mas grande mas melancolico, si se quiere, mas inclinado á sondear su propio corazon como quien tiene que dar cuenta algun dia de sus acciones de sus palabras, hasta del mas leve pensam<sup>to</sup> en el acto mismo de nacer.

Tal me parece ser el caracter distintivo de una y de otra literatura: la una hija de la imaginacion, mas fecunda y torada, la otra de la razon mas pensadora y profunda: la primera mas sujeta á los sentidos; la segunda mas dada al sentimiento: aquella mas propia de naciones en el fervor de la adolescencia; esta mas acomodada al estado de las sociedades en el ultimo grado de civilizacion y de cultura.

Bien hubiera querido tratar

un cuadro tan extenso y acabado como la grandera-  
del asunto lo requeria, mas ya que no me haya  
sido posible verificarlo me dare' por satisfecho  
con que se parezca este escrito a uno de esos  
bosquesos que de cerca solo presentan algunos  
rasgos y baxones; pero que vistos a cierta  
distancia, ofrecen bastante fiel la imagen de  
un objeto.

Francisco Martinez

de la Rosa

Archivo Ateneo de Madrid